

Cristóbal Colón

(Continuación)

Lo cierto es que se interpusieron repetidas quejas en su contra y al fin los Reyes se decidieron, no sin repugnancia, recuérdese bien, a nombrar a Bobadilla como Juez e Interventor de los asuntos de La Española. Que el nombrado era persona recomendable no puede dudarse puesto que el mismo parcialísimo Las Casas dice era persona de "rectitud", lo mismo que repite Lamartine cuya historia de Colón merece más el nombre de novela histórica. Llega pues Bobadilla a Isabela y todos los colonos acusan al Almirante. ¿Qué hacer? Remitirlo preso a España conforme y nada más que conforme a la dura justicia de su época.

Que durante la prisión no se le guardaron miramientos, puede ser cierto; pero nó cuando navegó hacia la Península, pues consta que Vallejo, hechura de Fonseca, y Martín, capitán de la carabela, le trataron con toda consideración y quisieron quitarle los grillos y él no lo consintió. (1)

(1) No debemos olvidar que Colón y su hermano Diego se resistieron a reconocer los poderes otorgados por los Reyes a Bobadilla, alegando que los del Almirante eran superiores.

Las Casas dice que el Almirante, al saber lo que Bobadilla había comenzado a hacer en Sto. Domingo, por sospechar que sus poderes fueran otra invención como la de Ojeda, mandó a los Caciques y Señores Indios que tuviesen apercibida gente de guerra para cuando él los llamase, *porque de los cristianos cuanto a la mayor parte poco confiaba.*

Esto probaría que su administración no era popular entre los colonos españoles.

En la carta a doña Juana de la Torre se nota el odio a Bobadilla a quien trata con grandísima dureza, acumulando contra él no sólo acusaciones, sino también sospechas infamantes.

En esa carta dice que todo estaba en paz y sosiego en la Isla cuando llegó el Comendador, pero es cierto que en la semana inmediatamente anterior habían sido ahorcados 7 españoles; 5 más estaban en la fortaleza

Después de todo, no debemos admirarnos tanto de este incidente que no tuvo mayores consecuencias y podemos recordar los insultos, indignos de figurar en un libro, que Augereau dirigió a Napoleón cuando se encontraron después de la primera abdicación de éste y eso que el mariscal le debía su carrera.

Entiéndase bien que con éste y otros ejemplos y comparaciones que hacemos, no queremos cohonestar los daños que Colón haya sufrido, sino que recordamos sólo que cosas parecidas suceden en todas partes y entre todos los hombres.

Lo que en resolución sucedió con el Almirante fué lo que ha sucedido, como dice Lumnis, con el popular "marino en tierra": no servía para otros oficios y especialmente para el difícil y complejo arte de gobernar a los hombres.

En cuanto al cargo de Virrey, nosotros opinamos con los autores que dicen no puede negarse la gran cautela y diplomacia con que procedió don Fernando al quitárselo, después del ruidoso fracaso de la colonización de La Española. También se tiene en cuenta la enormidad de los territorios que hubiesen caído bajo la autoridad de los Colonos si se hubiesen cumplido las capitulaciones al respecto. Por lo demás, el Rey se fundó para quitárselo, en la Real Orden expedida en Toledo en 1480, previniendo que ningún oficio que envuelva la administración de justicia se pudiese dar a perpetuidad.

Sin tener en cuenta estas y otras razones, libros hay muy recientes, como el de un autor peruano que dice: "Colón murió asqueado de ver tanta miseria y bajeza". El monumento que en 1914 se inauguró en Rapallo (Italia) lleva una inscripción alusiva a lo mismo y por último léase el notable discurso pronunciado en el año de 1917, por el diputado Mr. Hulbert en su cámara en EE. UU. Parece que se leyera a Robertson o a Irving o a Lamartine.

Estas manifestaciones no concuerdan con las expresiones de cariño, reverencia y gratitud que el Almirante prodiga al Rey Fernando en carta a don Diego Colón. Del referido rey es esta

za de Sto. Domingo esperando el cumplimiento de igual pena y don Bartolomé Colón tenía otros 17 metidos en un pozo destinados a sufrir la misma suerte.

En cuanto a su impopularidad el mismo la confiesa: "porque mi fama es tal, que aunque yo faga iglesias y hospitales, siempre serán dichas espeluncas para latrones". (Carta a Dña. Juana de la Torre).

frase de una carta dirigida desde Nápoles a don Diego: "Hame pesado que allá no se ha fecho bien con vos". (1)

Colón no poseyó riquezas en la cantidad que ambicionaba, sencillamente porque el Nuevo Mundo no dió ese dinero mientras vivió el Almirante, como él mismo lo dice en su testamento: "Porque hasta agora no se ha habido renta de las dichas Indias". Posteriormente ha podido decir Prescott a este respecto: "El Nuevo Mundo fué una lotería, con premios tan escasos que las probabilidades estaban casi todas en contra del jugador".

A propósito de esa conocida ambición del Almirante, Irving con otros historiadores repiten con sospechosa frecuencia el estribillo de que Colón no ambicionaba dinero para sí y que sólo trataba de juntarlo por satisfacer la insaciable sed que de ese metal tenían sus compañeros y la Corte de Castilla. Las Casas dice también algo parecido que ya consignamos anteriormente.

Preguntémonos ¿de qué raza nació o ha nacido el hombre que en final de cuentas no haya ambicionado el dinero? Mas omitiendo a Colón, ocupémonos de los españoles. Muchos historiadores, entre ellos Cesar Cantú dice que los españoles, por su género de vida durante los ocho siglos de lucha con los moros y de contiendas intestinas, conocían la guerra; pero nó el comercio: eran más aptos e inclinados a las expediciones aventureras y a arrostrar peligros que a las pacíficas ocupaciones de la agricultura y de la industria".

Esto es cierto y como tal puede deducirse que más les gustaba procurarse el oro por medios violentos que nó por un trabajo paciente; pero es cierto también que ningún pueblo como el español, en los siglos XV y XVI, fué más generoso ni estuvo más templado que él por una fe religiosa más profunda.

La mayoría de los españoles, y en esto estamos de acuerdo con Humboldt, Prescott y el mismo Irving, vinieron a América, más que por el oro, por el espíritu sencillamente aventurero propio de nuestra raza y que creció durante la Reconquista. ¡Los brazos que habían quedado ociosos después de la pacificación y uni-

(1) Y además, apesar de que se había desposeído a los Colonos en virtud de esa Real Orden, el Rey aceptó pleitear con el hijo del Almirante y perdió el pleito porque legalmente tenían derecho al Cargo por las Capitulaciones de 1492. Sólo que los fracasos del Almirante y la enormidad de las posesiones que ya se preveía iban a quedar bajo el mando casi absoluto de una sola persona obligaron al Rey a buscar una razón en apariencia legal para desposeerlo del Cargo.

dad de la Península, reclamaban nuevas y más grandes empresas en donde a semejanza de la que tan gloriosamente habían rematado, hubiesen hombres que convertir a la verdadera fe, peligros que afrontar, tierras que poblar y razas que civilizar!

En cambio ¿qué nos cuenta la verdadera historia de otras razas? ¡Ojalá hubieran vivido Irving, Prescott y otros para presenciar, en su propia Patria, en California y en Australia las innumerables y bochornosas escenas originadas por esa misma sed de oro inseparable del hombre en todas las edades y latitudes. ¡Hubiesen vivido también para contemplar las horribles matanzas de indios en Norte América y en el Indostán cuando la rebelión de los Cipayos!

Aristóteles dice que eran de oro y plata las anclas, herramientas y vasijas de las naves fenicias y cartajinesas y que hasta de lastre les servían esos metales adquiridos por conquista a España. ¿A qué se debió sinó al inhumano trabajo en las minas los levantamientos que culminaron con el sitio de Sagunto en esa época y el de Numancia después?

Recordemos también el famoso Sir Walter Raleigh que cometió tropelías sin cuento por la ambición del oro; a Drake cuyo nombre se venera con justicia en Inglaterra y de quien se hacen lenguas los historiadores ingleses por los dividendos que sus hechos dieron a la compañía formada en Inglaterra y patrocinada por "la buena reina Isabel" para saquear, incendiar y matar en las colonias españolas y por último léase la "*Vuelta al mundo*" escrita por el Almirante Anson con la minuciosa descripción del saqueo e incendio de la indefensa Paita. Y perdónesenos tan larga digresión.

Finalmente, comparemos los supuestos trabajos de Colón con los de un inventor o descubridor moderno como, por ejemplo, el conde de Zeppelin, que era ya un militar famoso y noble de nacimiento cuando emprendió la resolución del problema de los dirigibles. Tenía 52 años de edad. La gente le creía loco. Gastó en ensayos poco menos de dos millones de marcos de su fortuna particular y en 1894 la comisión de peritos nombrada por el emperador para examinar su proyecto declaró que éste era "inaplicable en la práctica".

Solo, motejado siempre de loco y arruinado, solicitó del multimillonario yanqui Gordon Bennett cien mil dólares prometiéndole ceder la mitad de todos los ingresos que pudiera obtener en el porvenir el inventor. El yanqui contestó: "No he tratado

todavía en mi vida con inventores locos y pienso proceder así también en adelante".

Por último, cuando Zeppelin logró volar hasta Suiza en un dirigible de su invención o sea diez años después de verdadera y tremenda lucha contra todos los obstáculos que puede encontrar el hombre, obtuvo la protección y simpatía del gobierno y pueblo alemanes.

Colón era un oscuro marino que, dada la época, presentó un proyecto tanto o más fantástico que el de Zeppelin y sin embargo pidió derechos exorbitantes y lo más admirable es que los obtuvo. Sólo que los historiadores no miran las cosas desde este punto de vista y consideran poco todo lo que se le dió. ¿Fundándose en qué? En la curiosa manera de historiar de su tiempo, unos; otros en su ignorancia, y los más llevándose de conjeturas y opiniones de segunda mano.

Por eso hace poco que un historiador ha podido decir: "Colón estaba casi desequilibrado y parecía olvidar que sus descubrimientos eran sólo una esperanza y nó un hecho positivo". Tenía, sin duda, valor y perseverancia; pero en aquella ocasión hubiéramos querido verle más modesto".

Se me va a perdonar extenderme algo más. Colón era de la categoría de los inventores o descubridores que solicitan auxilio precisamente para inventar o descubrir y, repetimos, a pesar de esto obtuvo todo el auxilio que pedía, más los honores, títulos, favores a su familia etc., que ningún hombre antes de descubrir y muchos aun después no han obtenido.

Veamos qué pasó a unos cuantos inventores, nó como Zeppelin que trataba de inventar, sino que ya habían inventado o descubierto.

Harvey, que, según los sajones, descubrió la circulación de la sangre, tuvo en contra de su descubrimiento a todos los médicos de Inglaterra. Así lo dice su historiador Aubrey.

Hargreaves inventor de la máquina de hilar fué considerado como un enemigo por todos los hilanderos de Inglaterra y tuvo que emigrar de uno a otro condado. Arkwright inventor de la manufactura de telas de algodón por medio de máquinas tuvo que soportar una tremenda lucha contra los manufactureros de Manchester y nadie quería tampoco trabajar en la fábrica que instaló. Hasta las Cortes de Justicia sentenciaron en su contra.

Cuando Stephenson, después de inventar y usar su locomotora para mover los carros en las minas, trató de obtener el reconocimiento del Parlamento inglés; el público, al saber que era

posible que el Parlamento aprobara una ley en favor del nuevo invento, se opuso abiertamente. Se escribieron folletos en contra y las opiniones que aparecieron en los periódicos fueron notables, según ellas: el aire envenenado que echaban las locomotoras mataría a los pájaros, las casas se incendiarían con las chispas escapadas de la chimenea, las calderas podrían volar y reducir a átomos a los pasajeros y por último se decía que felizmente para todos el gran peso de la máquina le impediría moverse.

Murdock introdujo la iluminación por gas en las calles y casas. Sin embargo en Londres se decía: que el nuevo agente era sucio, de mal olor, productor de dolores de cabeza, etc. Los encendedores de faroles en las calles se declararon en huelga y las autoridades parroquiales declararon su intención de destruir los postes y cañerías que pasaran por las calles de sus respectivas jurisdicciones. Y por último el gran químico Sir Humphrey Davy preguntaba sarcásticamente porque no se usaba como depósito de gas el domo de la Catedral de San Pablo.

El "Gas Hilarante" descubierto por el mismo Davy en 1810 y el cual sugirió al célebre químico la idea de usarlo como anestésico sólo llegó a aplicarse en 1844.

Jacquard el famoso inventor de la máquina para tejer seda fué perseguido durante mucho tiempo y el prefecto de Lyon le envió preso a París junto con su invento.

Hill el creador del sistema de correos a bajo precio fué considerado como un loco. Lord Litchfield, director General de Correos dijo de su sistema en la cámara de los Lores: "De todos los proyectos visionarios y disparatados de que tengo conocimiento éste es el más extravagante".

Morse inventó el telégrafo antes de 1837. En ese año fué rechazado por el parlamento yanqui y en 1838 por los gobiernos de Europa a donde se había dirigido en busca de ayuda. Sólo en 1834 se le protegió.

Goodyear el inventor del procedimiento para fabricar artículos de caucho estuvo durante un período de 10 años, preso frecuentemente por deudas. Se le consideraba un loco y por último preguntando una vez a un amigo de Goodyear cómo se le podría reconocer, contestó: "Si veis a un hombre con una levita de caucho, unos zapatos de caucho, una gorra de caucho y en su bolsillo una bolsa de caucho sin un céntimo, ese es Goodyear".

No menos sufrieron las burlas, las persecuciones o por lo menos la indiferencia de sus contemporáneos el inventor de la má-

quina de coser, el del submarino Holland, el del teléfono, invento calificado de juguete eléctrico.

Lejos, pues, de censurar a España, como lo han hecho parciales historiadores, envidiosos de las glorias que ganó, o como, por desgracia, lo aceptan todavía muchos españoles y más hispanoamericanos; debemos tener en cuenta la época, escribiendo historia comparada, con lo que nos libraremos de caer en el peligro de agregar por nuestra cuenta lo que la fantasía nos dicte. Entonces no podremos menos que alabar y poner por las nubes a una nación que tuvo reyes y personajes tales como para proteger, animar y por último aceptar a un hombre cuyo proyecto, dígase lo que se quiera en su favor, no pasaba de ser una fantástica aventura, dados los conocimientos e ideas contemporáneos.

Y ya que después trataremos de algunos errores encontrados a Lumnis, plácenos citarlo en lo que acierta: "Un genovés (?) es cierto, fué el descubridor de América; pero vino en calidad de español; vino de España por obra de la fe y del dinero de españoles; en buques españoles y con marineros españoles, y de las tierras descubiertas tomó posesión en nombre de España".

Irving, a quien venimos citando especialmente, tuvo a mano para escribir su "*Historia de Colón*" los libros de Navarrete, Muñoz, Charlevoix, Herrera, Las Casas, Oviedo, Bernáldez, Fernando Colón, Bossi, Spótorno, Giustiniani, Bofri, Belloro, Robertson, Pedro Martire, los papeles del infante don Francisco de Borbón y el archivo del duque de Veragua.

Dice que Colón salió de Isabela para dar la batalla de la Vega Real el 27 de Marzo de 1495 y por tanto que la batalla se libró el 29. Rodolfo Cronau en su libro "*América*" dice que la batalla se libró el 25 y otros historiadores el 24. Siguiendo a Navarrete da el nombre de Juan Pérez de Marchena al guardián del convento de la Rábida; pero hasta antes de 1892 no estaban acordadas las biografías ni sobre el verdadero nombre de ese sacerdote ni sobre sus funciones en el convento, hasta que don José María Asencio probó, en su libro sobre Colón, que eran dos frailes: Juan Pérez y Antonio de Marchena, astrólogo este último.

Dice también Irving y con él muchos otros historiadores, que Colón estudió en la universidad de Pavia, lo cual no está probado y más bien hay razones en contra de ese supuesto. Por otra parte no hay necesidad de suponer que estudió en Pavia

para comprobar porqué era tan instruído. Su familiaridad con autores judíos a quienes cita frecuentemente en sus escritos, no le vino desde luego por estudios en tal o cual universidad y es más natural suponer los leyera y conservara en la memoria por afición de raza; aunque podría decirse a la vez, que Irving ni los autores anteriores a él, tuvieron porqué hacerse esa suposición, desde que ignoraban los estudios posteriores. Teniendo en cuenta su mucha afición al estudio y la inclinación que por la Náutica manifestó desde niño, podemos deducir que sus conocimientos geográficos le provinieron de sus largos viajes, de su intimidad y convivencia con hombres como el cosmógrafo Martín Behaim, el médico y geógrafo García Fernández, el astrólogo Antonio de Marchena, los Pinzones, Toscanelli (si no es apócrifa la correspondencia entre ambos, como se viene diciendo) (1) y, por último, con los miembros marinos de su familia como Pedro Correa y otros. Tuvo también en su poder los papeles de su suegro el buen navegante y cosmógrafo Bartolomé Parestrello. Ya dijimos que el mismo Colón habló de sus conversaciones con viejos marinos españoles. También sabemos que no era tan práctico como teórico en la Náutica en que le aventajaba el mayor de los Pinzones, según propia confesión del Almirante. (2).

El latín pudo aprenderlo de su frecuente trato con hombres doctos entre los que ya hemos dicho contábanse frailes, a quienes hizo frecuentes y largas visitas en sus conventos y demás residencias. También dicen que se lo enseñó el clérigo sinecuro de Santa María de Pontevedra que fué después arzobispo de Pisa. Ni sería el primer hombre notable que aprendiese así ese idioma, pues el peruano Garcilasso de la Vega lo aprendió en el Cuzco de un maestro fraile que no era profesor de Universidad.

Nada, pues, autoriza a decir que el grande hombre se educó en la de Pavia cuando no hay pruebas al respecto y antes podemos agregar que la indigencia de su familia no era parte, por

(1) En el Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en Roma en 1903, el profesor Gallois defendió la autenticidad de esa correspondencia.

(2) "Trato e conversación he tenido con gente sabia, eclesiásticos y seglares, latinos y griegos, judíos y moros, y con otros muchos de otras sectas".

cierto, a poder enviar a Cristóbal a ese Estudio y a edad muy tierna puesto que éste dijo que empezó a navegar a los catorce años.

Por otra, el mismo Irving declara: "Los comentadores de Colón enmarañaron de tal modo los hechos que es imposible descubrir en muchos casos la verdad".

Navarrete, Irving y después el padre Cappa en sus "*Estudios Críticos acerca de la dominación Española en América*"—Tomo I—señalan a Ojeda como defensor del fuerte de Santo Tomás cuando lo sitió el cacique Caonabo con sus diez mil indios que Rodolfo Cronau, no sabemos con que fundamento, eleva a cien mil en su citado libro. Oviedo señala como defensor del fuerte a Pedro Margarit y en esta opinión le siguen Fernández Duro y el padre Mir que a su vez atribuye a Irving la opinión de que la defensa fué hecha por Bartolomé Colón, cuando en realidad la atribuye a Ojeda y cita la opinión de Oviedo en la página 101 de la edición española de 1854 por Gaspar y Róig. Nosotros creemos más propios del carácter heroico de Ojeda algunos de los episodios que tuvieron lugar durante ese asedio.

Con referencia a los dueños de la "Pinta" trae Irving otro error al señalar a Gómez Rascon y Cristóbal Quinteros, cuando en realidad fueron Cristóbal y Juan Quintero, hermanos.

Exagera Irving en contra de Martín Alonso Pinzón, llevado sin duda por su cariño a la figura del Almirante e influido también por el Diario de éste y llega a tratar al célebre marino andaluz de criminal, falso, infiel, desertor, cobarde, ingrato, envidioso y desleal. Y entre los hechos dignos de nota, practicados por éste, no incluye, o por lo menos no exalta como se debe, el haber convencido al Almirante para que cambiara de rumbo pues con el que traían hubiesen arribado a las costas de la América Setentrional habitadas por tribus muy diferentes a las de las Antillas donde tocaron las carabelas y entonces hubiesen terminado desastrosamente el viaje, ateniéndose a que los expedicionarios no iban preparados ni por su número ni por su armamento, a sostener una lucha con aquellas feroces gentes.

En la "*Provisión Real*" cuyo original se halla en el archivo del duque de Veragua y dada el 30 de Abril de 1492, se menciona "pólvora y pertrechos" entre lo que debían llevar los buques y consta también que la "Pinta" hizo disparos con una bombard

para anunciar la vista de "Tierra" y después Colón hizo disparar la artillería de uno de los buques y los indios se aterrizaron.

El escritor militar don Francisco Barado dice, sin embargo, que la expedición de Colón no tuvo carácter militar, puesto que la gente aventurera, la que podía considerarse como gente de armas o personas de guerra, era muy escasa en número. Esto es cierto y se nota con sólo leer los nombres y profesiones de los ciento veinte hombres que tripularon las carabelas y además porque la expedición era de descubrimiento de un camino y nó de conquista de tierras y llevaban cartas de amistad para el imaginario Gran Khan.

No cabe duda que el ausentarse Pinzon durante unos días cuando estaban en Cuba, fué una falta si vió las señales que Colón le hizo; pero, a nuestro modo de ver, no tan grave como quiere Irving. (1).

La separación de los buques durante el temporal que soportaron a la vuelta y narrada por el Almirante como una nueva desobediencia de Pinzón, no la creemos tal o por lo menos deja lugar a duda: 1º porque ya estaban desavenidos y Colón escribió bajo esa influencia y luego porque en un temporal, con buques de arboladura tan baja, separados considerablemente, en la noche y haciéndose señas por medio de los faroles de la época es muy dudoso viera Pinzon las que su jefe le hizo, aunque Colón, como se verá más abajo, asegura lo contrario. Y aun así debe tenerse en cuenta que la "Pinta" estaba en mal estado, con su mesana inutilizado y sin poder largar mucha vela. (2) No sería extraño, pues, que el experto Martín Alonso no creyese conveniente aguantar a la capà el temporal como lo hizo horas después Colón y siendo mucho más atrevido que éste, corrió en popa y llegó primero a España tomando puerto en Bayona de Galicia, bahía colindante con Portugal, en pleno Atlántico y nó

(1) Y aun hay autores como Dn. Cesáreo Fernández Duro que defienden abiertamente a Pinzón y culpan al Almirante, pues dice que "siendo de noche resolvió Colón volver al punto de partida, por haber refrescado mucho el viento, y lo puso por obra, colocando en los palos faroles que indicaran el cambio de rumbo. En la *Pinta* que iba delante, no se vieron las luces; continuó, por consiguiente, la marcha, y quedó separada de las otras naves. Causante de la dispersión fué el Almirante, por aquella decisión repentina adoptada sin aviso previo".

(2) Colón, comentando este hecho, dice: "otras muchas me tiene hecho y dicho".

en el Cantábrico, como también erróneamente dice Irving; o que hubiese arribado junto con él el almirante a Lisboa como dice Schwartz o después que Colón, como dice Lamartine. (3)

En lo que sí tiene razón y con él muchos otros historiadores es cuando censura a Pinzón por haber escrito a los Reyes y querer presentarse a ellos para darles cuenta de "Su descubrimiento", creyendo muerto a Colón. Por lo demás, esta falta la pagó con su vida el pundonoroso marino. Y debemos recordar también que ambos se mostraron desconfiados en sus relaciones, con la ventaja para Pinzón de que él dió todo lo que puede dar un hombre al Almirante y éste nada le dió. (4)

Por último, ya que se trata de Irving, consignaremos un hecho significativo con referencia a los documentos García Riega: aquel autor dice que Colón tenía una cuñada casada con Pedro Correa y en esos documentos figura una Constanza Correa mujer de Esteban Fonterrosa, es decir, que habrían Correas emparentados con la familia Colón Fonterrosa.

Apesar de los errores expuestos y otros que no es del caso citar, Pablo de Rousiers, en su "*Vida en la América del Norte*", dice que la obra de Irving sobre el Descubrimiento se recomienda por la exactitud de los hechos. Puede ser que de las escritas en inglés y aun en francés, sin contar por cierto las de HARRISSE y VIGNAUD, sea la más exacta; porque la de que nos vamos a ocupar así como la de ROBERTSON son tan novelescas como la de LAMARTINE quien parece hubiera copiado literalmente a ROBERTSON en todo lo que se refiere al terror de las tripulaciones, el supuesto plazo de tres días que Colón daría a éstas, etc. Además ROBERTSON, entre otros errores de nota, trae el de que Colón, siguiendo el ejemplo de los navegantes portugueses desvió su

(3). "Esperaba muchas veces a la carabela "Pinta", porque andaba mal de la bolina, porque se ayudaba poco de la mezana por el mastel no ser bueno"; "Diario de Navegación" día Miércoles 23 de Enero.

Jueves 14 de Febrero.—Crecía mucho la mar y el viento; y viendo el peligro grande, comenzó a correr a popa donde el viento lo llevase, porque no había otro remedio. Entonces comenzó a correr también la carabela "Pinta", en que iba Martín Alonso, y desapareció, aunque toda la noche hizo faroles el Almirante y el otro le respondía; "hasta que parece que no pudo más por la fuerza de la tormenta, y porque se hallaba muy fuera del camino del Almirante".

(4) En el diario de Navegación—Lunes 6 de Agosto, dice: "alguna pena perdía con saber que Martín Alonso era persona esforzada y de buen ingenio".

primitivo rumbo hacia el Sudoeste al notar el vuelo de los pájaros, cuando Irving lo atribuye, como es cierto y se desprende del Diario del Almirante, a la opinión de Pinzón el Mayor. (1)

"*The Life of Columbus*" de Sir. A. Helps es tan parecida a la de Irving que se diría ser una copia, sin el encanto que la exuberante fantasía del yankee presta a su libro.

Entre otras bizarrías, nos cuenta Helps que no podían faltar ingleses en una expedición marítima y tan atrevida como la de Colón; pero consta que tanto el inglés como el irlandés fueron sacados de presidio y embarcados a la fuerza. A no ser que Helps lo supiera y quisiera dejarnos en la certidumbre de que esos hombres fueron voluntarios, manifestando así un espíritu de empresa que precisamente no habían desarrollado aun los ingleses; pues aunque el señor Barado dice que esos extranjeros junto con Tristán de San Jorge eran bombardeados o artilleros, Don Cesáreo Fernández Duro, más documentado, no los cita así en su estudio relativo a la tripulación de la nao "Santa María" y de las carabelas "Pinta" y "Niña".

Trae el libro de Helps algunas conjeturas y fantasías realmente candorosas si no fueran las salidas que muchos autores sajones acostumbran cuando de su raza se trata. Así, por ejemplo, a ese autor no le cabe duda de la muy dudosa noticia que dan "Las Sagas" de que los norsos descubrieron el Nuevo Mundo. (2)

Otro error de Helps y a la vez de Lamartine, es el aserto de que Colón ofreció su proyecto, primero que a España, a Génova y a Venecia, sin que exista ningún testimonio que acredite este supuesto de autores italianos que no saben como apuntalar el único comprobante (testamento) que muestra en cierto modo la nacionalidad de Colón. Ya se dirá después porqué salió de Portugal en donde es probable germinara en su cerebro la idea del famoso viaje y único país al cual ofreció su empresa antes que a España, y cómo pasó a ésta probablemente huyendo de la justicia.

Siguiendo a otros autores, principalmente italianos, Irving, Helps y Lamartine tratan del testamento o Codicilo Militar que

(1) En realidad, los autores citados copiaron de la dudosa historia escrita por don Fernando Colón.

(2) Y esto no es extraño pues la variación de la aguja que fué observada por primera vez por Colón se atribuye a Sebastián Cabot, o Crignon, piloto de Dieppe (Fontenelle y Feijóo) y Furnier la atribuye a Cabot y a Oviedo.

se dice escribió Colón en las páginas de un breviario que le regaló el papa Alejandro Borgia y cuyo testamento creen esos autores auténtico. La firma de Colón no es igual a la que aparece en ese documento apócrifo, ni la letra del texto, aunque pudiera ser que el reumatismo a las manos de que padecía, el Almirante por esa época fuera parte a impedirle escribir como antes, puesto que él mismo dice, en carta a su hijo Diego, en 15 de Noviembre de 1505: "mi mal no consiente que escriba, salvo de noche, porque el día me priva la fuerza de las manos." Nada autoriza a creer, sin embargo, que Colón, viviendo como vivía en una ciudad en donde habían escribanos y testigos, apelase a un procedimiento semejante y el hecho de decir en ese escrito que tenía bienes en Italia es una razón poderosísima en contra de su autenticidad pues en el verdadero testamento que hizo días después del en que se fija como fecha del anterior, deja ver claramente que no existían tales bienes.

Salvo que sea el que escribió (pero no en breviario) de su puño y letra, como lo certifica el escribano Hinojedo, ante quien otorgó la confirmación y agregados a su anterior Testamento o Institución de Mayorazgo de 19 de Mayo de 1506. Sea como fuere, el del breviario y el de que acabamos de ocuparnos son distintos en muchos respectos.

Navarrete en su "*Colección de viajes y descubrimientos por mar de los Españoles*" dice que de la partida dejada en el fuerte de la Navidad formaban parte el irlandés Guillermo Ires y el inglés Tallarte de Lajes. Helps dice: Guillermo Heries o Rice y Arturo Lake. Barado: Guillermo Ives, natural de Galvez en Irlanda en lugar de decir "Galney". Aunque para un español sea fácil confundir nombres ingleses, esta es una nueva prueba de cómo han cambiado los nombres de personas y lugares los historiadores del Descubrimiento. Y se nota mucho más en el libro dudoso de don Fernando Colón que, debido a las traducciones, ha llegado hasta nosotros lleno de errores de esa clase y otros y por lo cual HARRISSE lo considera apócrifo.

A Lumnis ("*Exploradores Españoles del siglo XVI*") también poco le cabe duda del descubrimiento de América por los escandinavos y afirma con gran soltura que quien duda de esta verdad manifiesta no haber leído "Las Sagas". Pero de todos modos en "Las Sagas" se cuenta los viajes hechos por los escandinavos a tierras que algunos autores suponen que forman parte de Norte América. Siendo ciertos o no aquellos viajes, lo que más bien

podríamos preguntarnos es si Colón, que se dice estuvo en Islandia, recibiría noticias de ello y de ahí sacara la creencia de poder navegar hacia el Oeste. Esto nada tiene de inverosímil.

Si a los historiadores de hace un siglo, y en general a los que escribieron antes de 1892, se les puede pasar que confundan en uno solo a los padres Pérez y Marchena, no sucede lo mismo con Lumnis, que escribió su libro en 1911 o sea diez y nueve años después de los estudios de Asencio.

Duda Lumnis de la existencia de don Fernando Colón, atribuye la Historia del Almirante al hijo legítimo Diego y dice que de las cartas de Colón se deduce tuvo varios hijos.

Luis Bossi, Sportono, y en general todos los autores italianos, no son más exactos; porque además de que toman sus noticias de los autores españoles, agregan de su cosecha suposiciones y conjeturas sin base.

Por ejemplo, ellos son los que suponen que el Almirante estuvo al servicio del rey Luis XI de Francia, en el año 1474. La mayoría de los historiadores suponen a Colón residiendo en Lisboa desde 1470 y el único que se separa de esta creencia es HARRISSE que da la fecha entre 1474 y 75. De todos modos, estaba en Lisboa en la época señalada por los autores italianos. Además, es casi seguro que su hijo mayor nació entre 1474 y 75. Sin embargo, pudiera ser que se hubiese ausentado temporalmente de Portugal como en otras ocasiones; pero en resumen nada hay de cierto al respecto.

(Continuará)

MANUEL I. VEGAS.
Capitán de Fragata.

Lima, 1920.